

LA FUENTE ES LA VIDA MISMA

José Rojas Uzcátegui
Instituto de Investigaciones Literarias
Universidad de Los Andes

El tintineo de la esquila, los duraznos en flor, el sabor de una zínara, el olor de claveles y de laurel, son sensaciones que vuelven cuando recuerdo la aldea donde nací en septiembre de 1942.

El villorrio lo conformaban en aquel entonces unas treinta casas habitadas por gente solidaria y generosa que vivía del comercio y de la agricultura y cría: en este lugar se concentraba un comercio importante generado por el mercadeo de productos de la tierra y de artículos de la industria que llegaban allí en recuas de mulas que transitaban caminos muy difíciles a través de las montañas. Esa aldea es hoy parroquia y dista unos cincuenta minutos de Lagunillas, Estado Mérida, por una carretera asfaltada.

La Trampa sigue siendo lugar de confluencia, aunque sin el esplendor que tenía en mi niñez. Recuerdo la aldea con profunda emoción: para mí tiene esa geografía connotaciones de paraíso, es decir, de tiempo de la dicha primordial, de las experiencias y emociones iniciáticas que en lo referente a mí tiene que ver con el perfume enervante de los cafetales florecidos, con pájaros de brillantes colores, con veranos implacables que agostaban la tierra y entristecían a mis paisanos que veían perderse las cosechas, y con ellas también las esperanzas de prosperidad y bienestar en ese año; pero fundamentalmente rememoro esa experiencia terriblemente bella e imprecisa que es la sonrisa femenina que descubri-

mos distinta y como hecha exclusivamente para uno, para quien descubre ese tesoro de promesas halagüeñas; pero igualmente eran los cuentos de aparecidos o de pícaros que llenaban las horas precedentes al sueño, en la cocina o en los corredores, alrededor del fuego o buscando la frescura en el tiempo de la canícula mientras se esperaba una taza de chocolate o un plato de dulce; el ambiente se iluminaba con velas, con lámparas de kerosene, antes de la llegada de las lámparas Coleman y de la luz eléctrica de la planta de gasolina.

Vivo en Mérida desde comienzos de los sesenta: vinimos a la ciudad desde Lagunillas, donde mi padre había establecido su comercio: el fin era continuar estudios secundarios, de Normal mis hermanas y yo de Bachillerato, por cuanto era preocupación particular de mis padres darnos educación para el futuro en una profesión intelectual que significara menos sacrificio que el sufrido por ellos, según su particular observación. En Mérida he vivido desde entonces, con algunos períodos de ausencia: dos años en Caracas, tres de nuevo en Lagunillas como empleado del negocio de papá, hasta 1972, cuando comencé de nuevo a estudiar, esta vez Letras en la Universidad, donde me gradué después.

Ingresé a la Universidad de Los Andes en 1978 como profesor contratado para integrar el equipo de investigadores del Instituto de Investigaciones Literarias de la Facultad de Humanidades, creado el año anterior. Para ese año esperaba el nacimiento de mi tercer hijo y se publicó mi primer texto: *Lagunillas en cinco crónicas*, un folleto sobre la evolución histórica de dicha ciudad. En 1979 pasé a la condición de profesor ordinario mediante concurso de oposición, y en 1980 ascendí a Asistente con *Historia del teatro indígena venezolano*; en 1981 ocurrió un accidente de carretera muy triste para mí y la familia, en el que murió papá. En 1982 se publicó *Bibliografía del teatro venezolano*, en coautoría con el profesor Lubio Cardozo, mi maestro como investigador, un humanista en el más amplio sentido de esta palabra. En 1985 se publicó *Historia y crítica del teatro en Venezuela Siglo XIX* y ascendí a Agregado: trabajaba asimismo en el teatro del siglo XX en el país. La familia había llegado a cinco hijos, cifra definitiva.

En 1995 ascendí a Asociado con *Ensayos sobre teatro*, un conjunto de trabajos desde un estudio sobre Ricardo Acosta, dramaturgo tachirenses de la generación de los sesenta hasta una aproximación al teatro de Mérida.

También he escrito diversos prólogos: para la segunda edición de *El recluta* de José Ignacio Lares, una pieza antológica del teatro de Mérida y de Venezuela del diecinueve; para la *Antología del teatro venezolano del siglo XIX*; para *Lugareña*, la novela de Pedro María Parra y para *Huellas en las cumbres*, de Claudio Vivas, para Ediciones Solar de Clásicos Merideños. Igualmente he publicado artículos sobre mi especialidad en *El Vigilante*, en *Frontera* y en revistas nacionales y extranjeras sobre teatro. Como docente he dictado cursos sobre literatura venezolana para la Escuela de Letras; he sido Jurado en concursos de literatura y en festivales de teatro local; he asistido a simposios como representante de la universidad; en fin, una actividad discreta y modesta, pero continuada.

Escribir es un destino y como tal no depende totalmente del escritor, es una vocación por la palabra. A mi me gustó desde siempre, desde muy temprano en mi vida consciente, lo que no quiere decir que me considere un escritor realizado, pero sí soy escritor, simplemente. En algún momento escribí cartas para mis compañeras de escuela, que fueron interceptadas por terceros, por lo que se me castigó: no recuerdo sus mensajes, pero puedo afirmar que eran cartas de un niño que escuchaba con atención letras de canciones —joropos y vales del país, rancheras, bambucos y boleros del continente— y que se alelaba con los relatos de las muchachas que venían a ayudar en las casas de mis padres o de mis abuelos. Pero un escritor es también un lector y yo leí siempre por gusto y voluntad: recuerdo de mis primeras lecturas “El torito colorado”, un cuento sencillísimo, inserto en un libro de Alejandro Fuenmayor; la *Historia de Venezuela* del Hermano Nectario María, y una revelación: el libro *¡Abajo cadenas!*, que fue la primera lectura de Venezuela, como lo hiciera Gallegos en sus novelas para lectores formales; luego fui conquistado por los relatos de vaqueros que ocuparon mis años de adolescencia entre 1956 y 1958. A finales

de ese año leí *María*, de Jorge Isaacs, y *Doña Bárbara*. En 1959 tuve contacto con las obras de Hugo Wast, un novelista argentino de quien he perdido el rastro pero no el regusto de algunos de sus textos como *Flor de durazno*, *Desierto de piedra*, *Valle negro* y, tal vez, la primera relación con la escritura como destino: Hugo Wast tiene un libro que se llama *Vocación de escritor*, en el que plantea la creación verbal como objeto de reflexión teórica y como oficio.

La fuente es la vida misma con sus infinitas variantes, en todos sus aspectos: desde el embeleso ante una flor que se abre hasta el desconsuelo por lo irremediable, incluyendo el sentido de solidaridad por las causas justas y la lucha por alcanzar igualdad y dignidad para todos.

El tema central de mi escritura es el hombre como problema y posibilidad, pero en particular, el hombre latinoamericano como ser nuevo en la cultura occidental, pero que es al mismo tiempo otra cosa, por cuanto en él confluyen distintos aportes tanto raciales, culturales, religiosos y espirituales como geográficos y económicos por lo que el latinoamericano es otra cosa: europeo en muchas cosas, pero indígena en otras y africano en algo, en diversas zonas del continente. En este sentido asumo como propia la temática de Jorge Amado, el autor de *Gabriela, clavo y canela*, y la formalización que el autor brasileño le ha impuesto a su pensamiento: me parece que en este novelista confluyen las líneas ideológicas del hombre latinoamericano como representante de un complejo cultural y humano en el que caben con holgura todas las disyuntivas y propuestas del habitante del Tercer Mundo que aspira a salir del tercermundismo. Me satisface el sentido de la vida que muestran los personajes de Amado, en particular la concepción de los personajes femeninos que serán modélicos en la conformación del "ser mujer" en el futuro: es decir, la mujer como persona de iguales derechos y responsabilidades a los del hombre, tanto en el trabajo como en el placer, o en sus decisiones individuales.

Me gustaría retomar la creación literaria en dos áreas que me ocuparon en el pasado: la poesía y la narrativa. Transcurridos

más de veinte años, considero pertinente volver a escribir poemas y narraciones como lo hice al comienzo, de manera regular, porque no lo he dejado de hacer en estos años, aunque sí de manera esporádica, intermitente y casi como una autoconcesión, como un halago al propio ego, sin pensar en nada distinto al texto mismo, apenas como una reafirmación de un oficio amado, de una condición de trabajador de la palabra. Tengo un mazo de papeles engavetados, pero creo que muchas de esas páginas deben terminar en la papelera, por cuanto tengo la convicción de que lo publicado debe reunir condiciones particulares de literariedad, de valor perdurable, de calidad intemporal. Que la persona que se tope con ese texto no sea la misma después de su lectura, mucho menos que considere perdido el tiempo, o que ha sido engañado con una joya falsa, o lo peor, que sea indiferente ante el escrito después de haberlo conocido.

Mérida siempre ha sido un espacio abierto a la cultura en sus diversas manifestaciones y expresiones. Y la Universidad de Los Andes ha sido de alguna manera el generador y difusor de la actividad cultural a través del tiempo: actividad que se ha concretado en festivales de música y de cine, en congresos de escritores y de intelectuales de las más diversas especialidades, lo mismo que en la promoción de temporadas de teatro, danza y ballet, en encuentros de músicos y artistas populares, en exposiciones de plástica y en algo notorio a través del tiempo: la edición de libros y revistas. Todo ello pudiera explicar el hecho singular de que, siendo el Estado económicamente modesto, tengamos sin embargo, el más alto nivel de vida de toda Venezuela. Este ambiente espiritual y material favorable ha facilitado la creación artística y científica de manera resaltante en relación con la producción nacional y con la inversión en el área.

Me considero un hombre de su tiempo y por lo tanto marcado por los principios y teorías pivotaes de su momento: asumí como propio el pensamiento marxista como interpretación del mundo, como su fundamentación teórica pero, lo más importante, como la praxis de transformación de la realidad para alcanzar un mundo mejor. En alguna oportunidad la escritura de Herbert Marcuse

cuestionó, conmocionó, la interpretación y práctica marxista de la política soviética que había hecho posible el mundo socialista encabezado por la Unión Soviética, fuerza contrastiva y antagónica del capitalismo depredador y esperanza de la humanidad revolucionaria, transformadora, pero todo se quedó en una economía estatizada, en una supuesta dictadura del proletariado y en una dirección stalinista de la sociedad por medio de un partido único, de decisiones inapelables. Por supuesto, tal concepción llevó a la doctrina marxista a ser una nueva religión, un sucedáneo ideológico de las monarquías o de la sociedad capitalista, es decir, expresión de intereses de individuos o grupos minoritarios, en contraposición a los intereses de la generalidad de la población, que históricamente ha permanecido subyugada bajo las directrices de aquellos individuos o grupos que han manipulado la sociedad en su propio beneficio. La caída de la Unión Soviética me ha puesto en el punto inicial: ¿Qué hacer, cómo contribuir para lograr un mundo mejor? Cuestión que se ha complicado con la omnipresencia del "capitalismo salvaje", motorizador del mercado como única realidad ontológica que conduce a la globalización y, con ésta, a la pérdida de las identidades del Tercer Mundo, cuya personalidad histórica será absorbida por las compañías transnacionales sin otra razón que su debilidad y por el hecho de ser dirigidas por capitalistas nacionales sin ningún sentido de patria.

Mérida, 1998.